

FRANCISCO VEIGA

UCRANIA 22

La guerra programada

ALIANZA EDITORIAL

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Francisco José Veiga Rodríguez, 2022

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-998-8

Depósito Legal: M. 19.287-2022

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
1. LA GUERRA DE LOS MUNDOS. EL GUION HACKETT PARA UNA TERCERA GUERRA MUNDIAL, 1985	15
2. EL AMIGO AMERICANO. ESTADOS UNIDOS, UCRANIA Y EL FINAL DE LA UNIÓN SOVIÉTICA, 1986-1991	27
3. UCRANIZAR UCRANIA. POLÍTICA <i>MULTIVECTOR</i> Y EXPANSIÓN DE LA OTAN HACIA EL ESTE, 1992-1994	43
4. NARANJA MECÁNICA. EL FIN DE LA ERA KUCHMA Y <i>LA REVOLUCIÓN NARANJA</i> , 1995-2004	63
5. MITOS DE GAS. EL FRACASO DE LA EXPERIENCIA LIBERAL EN UCRANIA, 2005-2008	87
6. MORIR EN INVIERNO. YANUKOVICH Y LA REVUELTA DEL <i>EUROMAIDAN</i> , 2009-2014	101
7. MATAR EN PRIMAVERA. ESTALLA LA GUERRA DEL DONBAS, 2014	121
8. CAÍN CONTRA CAÍN. GUERRA CIVIL ENTRE NEONAZIS Y NEOFASCISTAS	139

9. GRANDES PLANES DE HUMO. EL RÉGIMEN DEL <i>EUROMAIDAN</i> APLICA LA TERAPIA DE CHOQUE, 2015-2016	163
10. VIEJOS Y JÓVENES. DE OBAMA A TRUMP, DE POROSHENKO A ZELENSKI, 2017-2019	179
11. PELEAS EN CALLES VACÍAS. BAJO LA PANDEMIA, 2020-2021 .	197
12. #HOTWAR 22. PRIMERA FASE DE LA GUERRA DE UCRANIA, FEBRERO-MARZO DE 2022	219
13. CINTA AMERICANA. SEGUNDA FASE DE LA GUERRA DE UCRANIA, ABRIL-JULIO DE 2022	237
DE LA TRAMPA BALCÁNICA A LA TRAMPA 22. CONCLUSIONES EN PRIMERA PERSONA	261
BIBLIOGRAFÍA Y REFERENCIAS	311
ÍNDICE ONOMÁSTICO	319

INTRODUCCIÓN

El título de esta obra hace referencia, lógicamente, al año 2022 en que se desencadenó la segunda parte de un conflicto que había comenzado ocho años antes. Pero también a la célebre novela de Joseph Heller, *Trampa 22* (*Catch-22*), una sátira antibelicista y de ficción política publicada en 1961, que se considera una de las obras más importantes de la novelística del siglo xx. A su vez, ese juego de alusiones encierra otras. Como en la obra de Heller, el enemigo está tanto al otro lado como en las propias filas, y más especialmente entre aquellos que nos mandan y gobiernan. Esa situación se ha puesto plenamente de relieve en la presente guerra de Ucrania, en la cual una parte de los responsables políticos y militares, analistas y profesionales de los medios de comunicación quedaron atrapados en el doble rasero, en su propio triunfalismo y en la ineficacia y descontrol que se adivina detrás, convirtiendo el conflicto ucraniano, desde su mismo arranque, ya en 1991, en una enorme *Trampa 22* en la cual nadie parece que vaya a obtener ningún beneficio claro. Por supuesto, ese mismo mecanismo autodestructivo estuvo presente y lo sigue estando, también, en el bando ruso.

A su vez, *Ucrania 22* posee una voluntad de obra historiográfica con un trasfondo experimental en lo narrativo. Por supuesto, nada ni remotamente parecido a la obra de Heller; pero sí que incorpora al autor en

funciones de historiador y de fuente de primera mano. Desde 1976 hasta 2021 viajé por Europa del Este y otros escenarios de crisis, ya en el siglo XXI. Conocí la Europa al otro lado del Telón de Acero mucho antes de que nadie pensara que iba a caer algún día. Cuando ello sucedió, fui testigo, desde Rumanía, de las convulsiones que ello generó. Viví de cerca y a veces en directo, así como desde escenarios colaterales, algunas de las guerras de la antigua Yugoslavia entre 1991 y 2001. Analicé los vaivenes políticos en la Turquía de Erdoğan, a partir de 2003 y hasta el violento golpe de 2016. Viví los comienzos de la guerra en Ucrania: estaba en Kiev cuando fue derribado el vuelo MH17 de Malaysia Airlines en julio de 2014. Mucha de la información obtenida y de las conclusiones extraídas las vertí en mis clases, en la universidad. Otra porción sirvió para escribir artículos de prensa y libros, buena parte de ellos publicados en esta misma editorial. Ahora, esas vivencias engrosarán también esta obra. Y para incorporarlas a ella recurro al relato en primera persona, incluido en unas largas conclusiones que el lector encontrará al final de la obra.

Hacer eso me violenta. Durante años insistí machaconamente a mis alumnos en la idea de que en los trabajos académicos no se debe recurrir a la redacción en primera persona. Y seguiré haciéndolo. Pero en *Ucrania 22* voy a saltarme mi propia recomendación por tres razones. Primero porque en el libro hay elementos de algo que podríamos denominar «reportaje historiográfico». Mis años como profesor de Historia Contemporánea en la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la UAB me llevaron a trabajar ocasionalmente como *freelancer* en algunos de los escenarios descritos más arriba, lo cual me enseñó mucho sobre cómo buscar y obtener información y gestionarla, sin saber qué va a suceder en un futuro próximo. Eso forma parte del trabajo de aquellos profesionales que se ocupan de la Historia actual, eso es, los últimos treinta años, la última generación.

En segundo lugar, porque testimoniar en primera persona puede añadir un plus de empatía al asombro e incertidumbre de la época que debería acompañar al historiador en su tarea; siempre debería hacerlo. En retrospectiva, resulta habitual que el historiador se cargue de razón en la interpretación del pasado. Pero se pierde el factor emocional del momento, que resulta imprescindible para entender esos miedos, ilusiones y decisiones que explican por sí mismos tantas cosas en momentos clave del pasado. Como escribió el siempre tan polémico Nassim N. Taleb en su célebre obra *El cisne negro* (2007), «evaluamos las cosas solo después de los

hechos, como si se reflejaran en un retrovisor, de modo que la historia parece más clara y organizada de lo que es». De ahí que a veces resulte imprescindible captar el momento y congelarlo en la memoria para recuperarlo, lo más vivo y fresco posible, cuando se convierta en historia.

Por último, la lectura de la obra de Enzo Traverso, *Pasados singulares. El «yo» en la escritura de la historia*, publicado recientemente en esta misma editorial (2022), me animó a experimentar con la idea de que el historiador puede llegar a ser, él mismo, fuente, documento y relato. Lo cual da pie a un ejercicio de introspección sobre el origen profundo de nuestras conclusiones y formas de ver el mundo.

En este libro se va a tratar la guerra de Ucrania, la del presente año y la que comenzó en 2014. Pero también de los causantes, de los que la hicieron tristemente posible. Qué buscaban unos y otros, y cómo se alinearon los intereses y circunstancias, en el nuevo paradigma internacional que surgió de la pandemia del COVID, para que estallara un muy peligroso conflicto el 24 de febrero de 2022. Las otras guerras: la de las sanciones y la energía en la cual quedó atrapada la Unión Europea, que se convirtió rápidamente en un conflicto aparte y que escapa con holgura los límites naturales de este libro. Los otros actores cercanos, con sus propios desig-nios: Turquía, Israel, Polonia, Hungría y las ambiciones del proyecto *Intermarium* de la Nueva Europa, que poca gente conoce a este lado del Viejo Continente. Los vetustos mecanismos: desde la Cuestión Oriental a los síntomas anticipatorios en el Cáucaso, esto es, las *Hot Wars*, las guerras calientes de 2008, 2014 y 2020. Los nuevos mecanismos: la política de cinta americana, que incluye la *Trampa 22*, y un sinfín de falacias lógicas.

En conjunto, se trata de un libro nervioso, desasosegado e intranqui-lizador, escrito en muy poco tiempo, a caballo del conflicto. En él no hay propaganda de guerra al uso. Al contrario, pretende hacer pensar. Falta todavía mucha información, y pasarán años hasta que la vayamos obteniendo, mientras que otros acontecimientos, quizá distantes, nos aporta-rán contrastes para entender lo que sucedió en Ucrania. Pero de momen-to, los historiadores podemos explicar la trayectoria recorrida hasta llegar al aquí y ahora. Lo cual, muchas veces, nos da una comprensión, incluso intuitiva, de dónde estamos y qué es lo que se debería hacer a continuación o qué nuevos problemas acechan. Es como el trabajo de cualquier médico: después de años de estudio y prácticas, cuando se presenta la enfermedad,

la diagnóstica con precisión. Es posible que no sepa qué va a pasar con el paciente en el futuro, pero sus conocimientos le sirven para curar o paliar la dolencia.

Este libro es también un ensayo de estructura inusual. Arranca del relato del general sir John Hackett, a mediados de los años ochenta del siglo xx, que cobrará vida nuevamente cuando estalle la guerra de Ucrania, en 2022, treinta y tantos años más tarde. Pero el camino hacia la tragedia de la guerra comienza con otro desastre, el de Chernóbil, el gran fallo tecnológico del que parte la descomposición de la Unión Soviética y que define un periodo enmarcado por otro gran desastre: la pandemia de COVID, en 2020. A lo largo de todos esos años, iremos viendo cómo la tragedia ucraniana se va gestando, tiempo antes de que llegue Putin al poder. Y percibiremos que una serie de acontecimientos que creímos decisivos en los años noventa del siglo pasado se supeditaban en realidad al pulso que se estaba generando en Ucrania y en torno a Rusia, ya por entonces.

Iremos conociendo a los protagonistas de la Ucrania independiente, algunos olvidados como juguetes rotos: Viktor Yushchenko, líder de la *Revolución Naranja*, en quien tantas esperanzas se pusieron. Y que, como el resto de los estadistas aupados por las revoluciones de colores, quedó en nada. Personajes ambiciosos, pero también torturados, como Leonid Kuchma o Viktor Yanukovich, que fueron a parar a la papelera de la historia. Nos asomaremos al problema histórico esencial de Ucrania, que quizá nosotros, por desgracia, podamos entender mejor que otros pueblos. Saldrán a la luz los oligarcas ucranianos, la «tercera fuerza», tan poderosos y astutos como los rusos, en algunos casos. Y viviremos con la gente de la calle las revueltas y revoluciones en el Maidan de Kiev, hasta llegar al Euromaidan, que dio paso a la guerra civil. A partir de la guerra del Donbas, entenderemos lo que sucedió en 2022, no sin pasar antes por otro conflicto decisivo: la guerra del Alto Karabaj, en 2020. Poroshenko, el «rey del chocolate», y el joven humorista Zelenski cierran la galería de líderes ucranianos que quizá habrían podido evitar la tragedia o tal vez sucumbieron a la *Trampa 22*.

El lector notará que el volumen de notas a pie de página varía según los capítulos. Ello tiene que ver con el intento de evitar las sobrecargas de citas en relación con acontecimientos ya muy asentados en la historia. Por el contrario, he querido documentar con más abundancia extremos más

polémicos, por recientes, por aquello de preservar esos detalles de la inmediatez de los acontecimientos que dan frescura a la historia; y que luego, con el tiempo, tienden a disolverse en un relato más estereotipado. Esas citas incluyen noticias y análisis de prensa y testimonios extraídos de redes sociales, desde tuits hasta entrevistas publicadas en YouTube.

Para terminar, quiero dar las gracias a Manuel Florentín en primer lugar, que creyó en este proyecto, quizás por esa doble naturaleza suya de editor y periodista. Espero que no le decepcione. A Arturo Esteban, que siguió al detalle la guerra de Ucrania y me ayudó mucho compartiendo detalles relevantes sobre su evolución militar. A mi amigo y maestro, el profesor Enrique Ucelay Da Cal, cuyo punto de vista es indispensable en todo lo relativo a la política estadounidense y las relaciones internacionales. A la profesora y compañera Sinem Eryilmaz, eminente otomanista, que siempre evita que me pierda en el laberinto turco. A Arnau Roura, quien desde Polonia completó mi colección de análisis sobre *Intermarium*. Y a la doctora Pilar Pérez, que me aclaró algunos interrogantes médicos, como el supuesto envenenamiento de Yushchenko o las autopsias a los falsos cadáveres de torturados en Timișoara, en 1989, entre otros detalles por el estilo.

Pero, sobre todo, quiero expresar mi agradecimiento a los protagonistas de las historias relatadas en el epílogo. Algunos, como el doctor Gheorghe Brătescu o el señor Selahattin Beyazıt, ya no están entre nosotros. Otros aparecen en los relatos con nombres supuestos. A todos ellos, muchas gracias por su amabilidad y por confiar en mí en esos momentos de nuestras vidas en los que solo podemos hacer eso: cruzar los dedos y confiar.

Barcelona, 4 de julio de 2022

CAPÍTULO 1

LA GUERRA DE LOS MUNDOS

EL GUION HACKETT

PARA UNA TERCERA GUERRA MUNDIAL, 1985

*Dies iræ, dies illa,
Solvat sæclum in favilla,
Teste David cum Sibylla!
Quantus tremor est futurus,
quando iudex est venturus,
cuncta stricte discussurus!*

Dies Irae, siglo XIII

La Tercera Guerra Mundial estalló el 4 de agosto de 1985. Como todas las grandes guerras clásicas, comenzó en verano, por aquello de aprovechar el buen tiempo y porque el común de los mortales, en el país atacado, suele estar de vacaciones o buscando ausentarse de sus preocupaciones cotidianas durante el resto del año. La movilización previa, en el Pacto de Varsovia, se había extendido durante cuatro semanas, y al final, el ataque había caído como una losa indefectible.

La magnitud del asalto cuando se sintió por primera vez en toda su furia y furor fue, no obstante, menos asombrosa, particularmente para aquellos, en el mundo occidental (y estos eran la mayoría), que habían prestado poca atención en el pasado a los presagios para el futuro. Las bombas traían muerte y devastación en tierra, los aviones explotaban en fragmentos de fuego en el cielo. Los barcos estaban siendo hundidos en el mar y los hombres en ellos convertidos en pulpa, electrocutados, quemados hasta morir o ahogados. Otros hombres morían espantosamente en el clamor llameante y la confusión de la batalla terrestre. Otra guerra mundial había estallado sobre la humanidad. Si bien el curso de la vida en las cortas tres semanas de la Tercera

Guerra Mundial no tuvo tiempo de verse tan radicalmente afectado como en los cinco o seis años de cada una de las dos primeras, es probable que las consecuencias de esta guerra sean de mayor alcance que cualquiera antes de eso¹.

Las huestes del Este, masas de acero transportadas sobre cadenas chirriantes, asaltaban Occidente como lo habían hecho las hordas de Yinyis Yan en el siglo XIII, cuando un monje franciscano, o quizás un papa, compuso *Dies Irae*: «¡Será un día de ira, aquel día en que el mundo se reduzca a cenizas, como predijeron David y la Sibila! ¡Cuánto terror habrá en el futuro cuando el juez haya de venir para hacer estrictas cuentas!». El retumbar de las orugas mecánicas y los graves disparos de gran calibre, trasfondo de las frenéticas transmisiones como graznidos en lenguas bárbaras, el tamborileo de las aspas de los helicópteros de ataque y los desgarros de los cohetes saliendo a matar el blanco, se extendieron y desperdigaron por las ordenadas campiñas de Europa Central.

Pero, de hecho, la guerra había comenzado el día 27 de julio, cuando tropas del Pacto de Varsovia entraron en la debilitada Yugoslavia para ayudar a las autoridades federales. La situación allí se había ido de las manos tras la muerte del mariscal Tito, cinco años antes, y las tropas soviéticas y yugoslavas unieron fuerzas para castigar a la díscola Eslovenia. Los estadounidenses enviaron ayuda desde Italia y, fatalmente, se produjo el primer choque. Washington había intentado mostrarse discreto con lo ocurrido, pero un documentalista italiano filtró desde Eslovenia la filmación de los combates y de los primeros carros soviéticos ardiendo. Y las imágenes dieron la vuelta al mundo, reventando cualquier intento de salida diplomática a la situación.

La Tercera Guerra Mundial nunca acaeció. Este relato fue fruto de la veterana fantasía del general británico sir John Hackett, GCB, CBE, DSO & Bar, MC. El libro se tituló: *La Tercera Guerra Mundial* y se publicó en dos versiones: la primera en 1979, y la segunda, que tuvo mucho más éxito comercial, en 1982. Llevaba como subtítulo el añadido: *La Historia no relatada*. Para entonces, hacía poco de la muerte de Tito y de las protestas obreras organizadas en Polonia por el sindicato católico Solidaridad, que por poco no tumbaron al régimen comunista y habían terminado con un golpe de Estado militar. Ambos sucesos le habían dado al autor del li-

¹ Hackett (1982): pos. 169.

bro un trasfondo político de desestabilización en el Este mucho más fidedigno para su ficción bélica.

El título lo decía todo: era seco, austero, como la apariencia del mismo general sir John Hackett, bigote recortado de estilo militar, nervudo, recto y perpendicular al *swagger stick* que a veces lucía bajo el brazo en los pases de revista. No era para menos. *La Tercera Guerra Mundial*, de estilo árido y sin concesiones a la literatura, era, más bien, un prolijo y largo informe convertido en una obra de historia ficción, aunque se incluían en él algunos personajes imaginados para relatar el ataque, también desde las filas de los combatientes.

El autor de la obra, el general Hackett, era un coriáceo veterano de la Segunda Guerra Mundial, un héroe aguerrido e imaginativo, impulsor de las míticas unidades especiales británicas: el Special Air Service, el Long Range Desert Group y el Popski's Private Army. Organizó y comandó la 4.^a Brigada Paracaidista que saltó sobre Arnhem, en Holanda, en 1944. Aquel legendario desastre glorificado por la historia militar británica, donde él mismo fue herido de gravedad, y tras reponerse logró escapar con ayuda de la resistencia local. Su biógrafo, Roy Fullick, definió su vida con un descriptivo subtítulo: «En persecución de la exactitud».

Una vez terminado el conflicto, Sir John *Shas* Hackett mandó durante un tiempo la Trans-Jordan Frontier Force, en Palestina, y luego medró en el Ejército británico, y más allá. Dirigió el Royal Military College of Science devino comandante en jefe del Northern Ireland Command en 1961. Y hasta fue nombrado ministro de Defensa, dos años más tarde. Pero eso no fue todo. La culminación real de su carrera llegó en 1965, cuando fue nombrado general en jefe del Ejército británico en el Rin, y del Northern Army Group de la OTAN.

Por lo tanto, el autor de *La Tercera Guerra Mundial* sabía muy bien de lo que escribía; y desde luego no tuvo problemas con la censura a pesar de estar revelando el resultado de decenas de informes, análisis y planes de contingencia de la OTAN con respecto al Pacto de Varsovia. El general Hackett buscaba, con toda la intención, poner de relieve que el Bloque del Este estaba maduro para que se pudieran explotar con eficacia letal sus talones de Aquiles nacionalistas: comenzando por Yugoslavia y terminando por algunas repúblicas soviéticas.

Según el relato ficticio de Hackett, a la altura del 14 de agosto, las fuerzas del Pacto de Varsovia ocupaban ya el norte de la República Federal

de Alemania, así como Holanda. Por el sur, habían invadido casi toda Baviera y avanzaban hacia la frontera francesa. Las grandes ciudades habían sido sobrepasadas sin intentar asaltos frontales (Berlín, Hamburgo), pero los soviéticos no habían logrado crear una brecha lo suficientemente amplia y profunda como para lanzar por ella a la enorme masa de blindados, explotar con éxito la ruptura, embolsar grandes unidades enemigas y conseguir la victoria definitiva. Las fuerzas de la OTAN, por su parte, habían sido vapuleadas —en especial las tropas alemanas—, pero en conjunto resistían bien. No se había producido ningún colapso en el frente. Y entonces, sucedió.

Los soviéticos empezaron a perder resuello sobre el terreno. Las defensas anticarro de los aliados le causaban al invasor más estragos de los esperados, los blindados del Ejército Rojo no eran de la mejor calidad y la coordinación era todo un problema, tanto entre reservistas mal entrenados y tropas de primera línea, así como entre las unidades de los diferentes países del Pacto de Varsovia. Pero, sobre todo, la doctrina militar soviética resultaba muy rígida: solo contemplaba el avance sin descanso, en oleadas sucesivas que iban siendo sustituidas por las siguientes, conforme las primeras eran aniquiladas o quedaban fuera de combate. Hackett puntualizaba que las fuerzas de choque incluían «batallones barrera» del KGB, comprometidos a evitar pánicos y retiradas y liquidar elementos potencialmente hostiles entre la población.

El día decisivo, siempre en el relato ficticio del general Hackett, fue el 15 de agosto, cuando se solaparon la primera contraofensiva de la OTAN en dirección a Bremen con un nuevo empuje del Pacto de Varsovia en sentido contrario. El choque fue titánico pero, sobre todo, hizo que las fuerzas occidentales anticiparan algunos golpes decisivos. Un ataque aéreo de F-111 estadounidenses contra líneas de suministro en Polonia, que además contaron con el apoyo de sabotadores polacos, aleccionados por radio desde Occidente. O un bombardeo de alfombra de los B-52 estadounidenses llegados desde sus bases en las Azores.

Pero lo más interesante, a casi cuarenta años vista, es que la ficción cuenta de pleno con las defecciones. Unidades y soldados, soviéticos y sus aliados, incapaces de soportar el ritmo brutal de la ofensiva, empiezan a fallar, a desertar. El caso más espectacular es el del Tercer Ejército de Choque, soviético, cuyo comandante, el general Ryzanov, decide cambiar de bando. Convierte su unidad en Ejército Ruso de Liberación, envía enlaces

a tratar con el enemigo y da orden de disparar contra sus antiguos camaradas.

Los soviéticos pierden su ritmo de avance, no van a llegar al Rin en el tiempo previsto. Las reservas tampoco arriban desde Polonia, porque los bombardeos de la OTAN y los saboteadores polacos han complicado la logística. Falta infantería para acompañar a los tanques en su avance y estos son destruidos por las escuadras cazacarros del enemigo. Todo el dispositivo de ataque del Pacto de Varsovia se tambalea.

En Polonia, la Polonia de nuevo católica del sindicato Solidaridad, apenas acallada por la fuerza, se está cociendo una nueva revuelta. Se producen rendiciones masivas de unidades de ese país en la línea de frente. El descontento se extiende a los Países Bálticos, a Ucrania.

En esa tesitura, el 19 de agosto, el Politburó de la Unión Soviética y el Consejo de Defensa deciden lanzar un ataque nuclear selectivo contra un miembro europeo de la Alianza Atlántica. El objetivo seleccionado será una ciudad importante, pero en ningún caso la capital. Se evitaba atacar a los Estados Unidos para evitar una escalada que llevara a un intercambio generalizado de misiles y a la MAD, la Destrucción Mutua Asegurada. Se planifica un ataque nuclear limitado, el envío de una advertencia como paso previo a discutir con Washington un inmediato alto el fuego. La reunión al más alto nivel concluye con un pequeño golpe interno cuando se impide entrar en la sala a los elementos más radicales, partidarios de un ataque nuclear a gran escala.

La víctima será la ciudad de Birmingham, con su millón de habitantes. *A priori*, la ciudad cuna de la revolución industrial, no parece un objetivo muy acorde con la ética de una potencia comunista, pero seguramente Hackett la escoge para su ficción porque «Brum» es la segunda ciudad más poblada del Reino Unido, después de la capital. Posiblemente el autor también intentó subrayar, de alguna forma, que, por entonces, el Kremlin actuaba como una superpotencia con unos objetivos estratégicos que excluían ya las consideraciones políticas.

De esa forma, el 20 de agosto de 1985, a las 10:30 GMT, los soviéticos frieron la ciudad de Birmingham en una gigantesca sartén nuclear, sin temblarles el pulso. Cinco minutos después, el primer ministro británico y el presidente de los Estados Unidos tomaron la decisión de hacer lo mismo con una ciudad soviética. La escogida fue Minsk, capital de la por entonces República Socialista Soviética de Bielorrusia.

A las 13:50 GMT, cuatro misiles nucleares de entre 200 y 300 kilotonnes, dos estadounidenses y otros dos británicos, lanzados desde submarinos, pulverizaron Minsk. Aquí sí que el general Hackett entra en detalles. Lo hace para dar a entender al lector que la OTAN *sí que tenía bien pensados* sus objetivos de represalia estratégica.

Las descomunales explosiones atómicas fueron faros de fuego abrasadores que se elevaron conjuntamente hasta veinticinco kilómetros de altura, vistos desde Riga, capital de Letonia, o Vilna, la de Lituania; también desde Kiev y Varsovia, según datos ofrecidos por el mismo autor, por supuesto. Tirando por lo bajo, la cifra de 50.000 muertos en un primer momento fue seguida por una imponente fuga improvisada, con lo puesto, del resto de la población de la ciudad en situación de hacerlo, y de localidades aledañas. Como resultado, un enorme caos, un pánico imposible de controlar o mitigar.

Nada de eso había sido casualidad, sino un efecto buscado, una carambola explicada por el autor de la ficción realista, el general sir John Hackett, experto en algo así como «nacionalismos de interés estratégico»:

Ucrania, situada inmediatamente al sur de Bielorrusia, es mucho más grande e importante. Ocupa un área mayor que la de Francia y tiene una población de aproximadamente el mismo tamaño. Antes de la guerra producía más acero que la República Federal de Alemania, con importantes factorías de armamento en Kiev y Járkov. Kiev fue la capital de la Primera Rusia, antes de la invasión tártara y antes del surgimiento de Moscú. Pero Ucrania nunca había sido un Estado independiente. Fue un campo de batalla entre polacos y rusos, turcos e incluso suecos, antes de que Rusia lo absorbiera finalmente en 1654. Sin embargo, los recuerdos de la grandeza anterior y la idea de la independencia de Ucrania nunca habían muerto por completo. De hecho, habían sido revividos por la persecución estalinista y por la represión de un movimiento independentista fragmentario en 1966. Después de Minsk, los ucranianos podían temer que Kiev o Járkov fueran los siguientes en la lista de objetivos aliados. Había otra ansiedad de mayor alcance aún: la insurrección ahora estaba extendida en Polonia y recibía un apoyo activo y creciente de los aliados occidentales. Como hemos visto, esto ya estaba debilitando el esfuerzo militar soviético en Alemania. La destrucción de Minsk haría aún más difícil para la Unión Soviética controlar la situación en Polonia. Si Polonia escapaba de la hegemonía soviética, probablemente una de sus primeras ambiciones sería recuperar el territorio polaco perdido ante Bielorrusia y

Ucrania. Ucrania haría bien en no perder mucho tiempo en reclamar su propia independencia y velar por sus propios intereses, en lugar de aquellos de sus amos soviéticos.

Al norte de Bielorrusia, la breve independencia de los tres Estados Bálticos, Letonia, Lituania, Estonia, también había sido aplastada por la URSS en la Segunda Guerra Mundial, pero nunca habían sido asimilados por completo y ahora probablemente serían los primeros candidatos para la libertad. Por lo tanto, Minsk demostró ser políticamente más importante en la muerte que en la vida. Su destrucción desencadenó la disolución de toda la zona fronteriza occidental de la Unión Soviética, no solo mostrando la vulnerabilidad del poder soviético sino liberando, a través de las ondas de choque psicológicas de cuatro misiles nucleares, las pasiones nacionalistas que habían estado dormidas durante tanto tiempo².

El efecto dominó provocado por la destrucción de Minsk suponía detonar el miedo de los ucranianos a que, con la desafección polaca y la revolución nacional, llegaran tarde en la defensa de sus fronteras como nuevo Estado independiente. Y el resultado fue la revuelta ucraniana, favorecida por la infiltración en el KGB de un agente ucraniano de alto nivel, un carácter ficticio llamado Vasyl Duglenko:

Este desenlace particular no había estado en mente cuando el joven Vasyl Duglenko, un prometedor graduado de la academia de policía de Kiev, fue infiltrado por nacionalistas ucranianos en el KGB, gracias a una recomendación favorable de nada menos que el mismo Jruschov. Sin embargo, fue esta acción, y el posterior nombramiento de Duglenko para la sección de seguridad del Kremlin, lo que aseguró que el sistema soviético pudiera ser derrocado desde dentro, y que sería seguido por el establecimiento de naciones separadas sobre las ruinas del imperio soviético. La mecánica de la conspiración es difícil de desentrañar. Para citar mal el viejo epigrama, si la traición prospera no es traición sino un cambio constitucional de régimen: y la trama secreta se barre bajo la alfombra con la esperanza de que no sirva de modelo para el próximo intento de cambio. Pero se requerían tres elementos principales para el éxito del trascendental golpe que derrocó al PCUS: la red ucraniana en el KGB que tenía acceso al santuario interior del Puesto de Mando que se estaba utilizando en ese momento, al que el Politburó y el Consejo de Defensa habían transferido sus funciones del Kremlin; la desafección de al-

² Hackett (1982): pos. 5963.

gunos de los miembros del Politburó que habían luchado bajo el liderazgo del ideólogo jefe del Partido, Malinsky, contra la decisión nuclear y ahora veían reivindicada su actitud en la espantosa devastación de la capital de Bielorrusia, con un tremendo sufrimiento humano y la gigantesca oleada de sentimientos que podría conducir a la desintegración en las regiones occidentales, e influyentes oficiales del Alto Mando Soviético ansiosos por preservar un núcleo de fuerza militar como base y garantía de un Estado soviético sucesor. Porque estos eran conscientes de que cualquier otro ataque nuclear contra la Unión Soviética destruiría las posibilidades de supervivencia de la autoridad organizada y sabían que ahora solo las fuerzas armadas podrían proporcionar esto³.

Los entresijos del derrumbe de la Unión Soviética no interesan demasiado. Pero sí la constatación de que, a comienzos de los años ochenta del siglo pasado, un general británico de la OTAN explicó los argumentos centrales de la historia que se iba a relatar en 2022, cuando dio comienzo la guerra en Ucrania. La Tercera Guerra Mundial del general John Hackett fue toda una profecía autocumplida. Pero no hay que creer en mecanismos enrevesados. *Las sandalias del pescador*, la novela de Morris West que en 1963 anunciaba la llegada de un papa del Este al Vaticano, seguramente tuvo más mérito como vaticinio. Lo que escribió el general Hackett no era sino pura doctrina argumental de la OTAN, destilación de planes de contingencia, que cuarenta años más tarde, aunque rancia, seguía vigente.

En esencia, el esquema Hackett era el siguiente: se produce el ataque soviético/ruso por sorpresa. El agresor avanza a toda velocidad desplegando masas de tropas y medios blindados en una oleada imparable que avanza como una gigantesca *Blitzkrieg* y que hará que la guerra no se prolongue más allá de unas tres semanas, o menos; lo cual desembocará en la ocupación militar de toda Europa Occidental. Esa es la única opción posible. No hay otra. La arremetida y la ocupación. Pero el invite es tan desmesurado que el atacante sucumbe por el esfuerzo, colapsa. Y el resultado final de toda la historia es el hundimiento del régimen enemigo.

Resulta un final literario muy parecido el de *La Guerra de los Mundos* de H. G. Wells, la mítica novela de ciencia ficción publicada en 1898 y ambientada por su autor en 1904. Los marcianos invaden la Tierra, nada parece oponérseles. Los trípodes blindados arrasan todo a su paso con los

³ Hackett (1982): pos. 5946 a 5979.

rayos calóricos. Los invasores, por cierto, son seres parecidos a los osos que se alimentan de humanos a los cuales chupan la sangre. Londres es evacuado, miles de personas escapan como pueden sin orden ni concierto y sin destino alguno. Y en el último momento, cuando todo parece perdido y el narrador se ha resignado a su suerte, los extraterrestres mueren masivamente al no poseer defensas contra las bacterias terrestres. «Las tremendas máquinas, tan maravillosas en su poder y complejidad, tan extraterrestres en su forma, mostrábanse fantásticas, vagas y extrañas entre las sombras. El peligro había pasado como en un milagro, la destrucción de Senaquerib se había repetido, Dios se había apiadado de los hombres y el ángel de la Muerte había exterminado a los invasores».

La visión milagrera de la derrota del Mal, como Reagan llamaba por entonces a la Unión Soviética, vino reforzada por la sorprendente elección de un papa polaco, Karol Wojtyła, en 1978. Lo cual, a su vez, había tenido un enorme peso moral en el respaldo de las protestas de los trabajadores polacos y el auge de Solidaridad, el sindicato nacional-católico.

Paradójicamente, en una entrevista que el general Hackett dio al *US News & World Report* en octubre de 1980, negó que existiera riesgo de Tercera Guerra Mundial⁴.

Periodista: General Hackett, sobre la base de su experiencia como editor y principal contribuyente al libro *La Tercera Guerra Mundial*, ¿podría usted decir que está creciendo el peligro de una guerra mundial?

General Hackett: No, no lo creo. Desde mi punto de vista, una guerra mundial, si es que llega, ocurrirá por inadvertencia o accidentalmente y no por un gran propósito. Probablemente ocurrirá, y una vez más tengo que decir si es que llega, debido a que se haya disparado una situación altamente inestable, a causa de algunos relativamente pequeños incidentes no en el centro de las cosas sino en la periferia.

[...]

Periodista: Retrocediendo a los acontecimientos particulares, Sir John, ¿considera usted la guerra entre Occidente y la Unión Soviética como inevitable o evitable?

⁴ CESEDEN, Boletín de información n.º 142-X, febrero de 1981 [consultable en red, PDF].

General Hackett: Pienso que es evitable. El momento de peligro llegará cuando las contradicciones internas en la Unión Soviética y en el Pacto de Varsovia comiencen a destruir la coherencia de todo el sistema. Esto no conducirá necesariamente a los rusos a un aventurismo deliberado en el exterior para distraer la atención del descontento interno. Lo que sí es probable que ocurra es que se eleve el grado de inestabilidad en el mundo, donde una convergencia de crisis podría desencadenar la guerra mundial que nadie desea. Esto es lo que me asusta, aunque no veo la guerra como inevitable.

Y resulta paradójico porque desde diciembre de 1979 en adelante, y hasta poco después de 1985, se vivió un agravamiento de la Guerra Fría (fue, literalmente, una segunda Guerra Fría) por causa de la invasión soviética de Afganistán. Fueron años realmente agitados, que retrospectivamente hacen dudar del amable optimismo del general Hackett. Y, sobre todo, aquel año y medio con Andropov al frente de la Unión Soviética, durante el cual el mundo pudo haber ido a la guerra nuclear en al menos tres ocasiones, todas acaecidas en el maldito 1983: el derribo, por un caza soviético, del avión coreano de pasajeros KAL 007, el 31 de agosto, cuando sobrevolaba por error territorio restringido. No mucho más tarde, el teniente coronel Stanislav Petrov, «el hombre que salvó al mundo», interpretaba correctamente como una falsa alarma la detección de lanzamientos de misiles nucleares desde los Estados Unidos; fue el 26 de septiembre. Finalmente, las maniobras militares de la OTAN Able Archer 83, entre el 2 y el 11 de noviembre, en que los soviéticos llegaron a creer que el ejercicio era en realidad una forma de enmascarar un ataque nuclear real contra el Pacto de Varsovia. A mediados de los ochenta, el ambiente era de incertidumbre en Europa, atizada por la violencia verbal del presidente estadounidense Ronald Reagan contra el «Imperio del Mal» y la aparente inestabilidad del régimen soviético, en el cual, tras la muerte de Leonid Breznev, los líderes solo parecían sobrevivir poco más de un año: Yuri Andropov, quince meses; Konstantín Chernenko, apenas trece meses.

Por fin, la llegada al Kremlin de Mijaíl Gorbachov, en marzo de 1985, pareció dar un viraje milagroso a la apuesta del general Hackett. En su ficción, era posible terminar con la Guerra Fría, y de paso con la Unión Soviética, pero solo pagando el peaje traumático de una guerra. Aunque no llevaría a la Destrucción Mutua Asegurada (MAD), sí costaría vidas y

ruina. Gorbachov y su *perestroika* hicieron realidad lo increíble: terminar la pesadilla entre sonrisas, sin disparar un solo tiro. Y eso empezaba el mismo año en que sir John Hackett había previsto el comienzo de la Tercera Guerra Mundial.

Los estadounidenses, en realidad, en el fondo, nunca creyeron en el milagro.